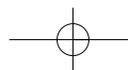


Introducción



El maestro Chaves Nogales que estaba allí

Es muy probable que en el coche grande del periódico que lo llevaba a Valencia mediada la mañana del 6 de noviembre de 1936 ya le fuera dando vueltas al asunto. Las tropas de Franco estaban a las puertas de Madrid, el Gobierno de la República había decidido abandonar la ciudad y él, junto a otros cuatro periodistas —entre los que se hallaban Manuel Benavides y Paulino Masip, directores de *Estampa* y *La Voz*, respectivamente—, acababa de hacer lo propio. O quizá la idea surgiera en aquellos días que pasó luego en Valencia, a la espera de encontrar pasaje para el exilio. Tanto da. Lo importante es que él había estado allí y que eso había que contarlo. Se trata de un imperativo moral, al que no puede ni debería sustraerse ningún periodista que se precie. Una vez en Montrouge, en los arrabales de París, este periodista convirtió lo vivido en la capital durante los primeros meses de guerra civil en los nueve relatos de *A sangre y fuego*. Y a otra cosa, porque a aquellas alturas —mayo de 1937—, y como él mismo reconocía en el prólogo de la obra, poco le importaba ya saber «el resultado final de esta lucha» o, lo que es lo mismo,

si «el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras».

Pero, para su desgracia, no fue esta la única ocasión en que la historia le obligó a huir de su ciudad. Ni la única en la que él se vio impelido a hacerlo detrás del que consideraba su gobierno. En junio de 1940, en vísperas de la caída de París en manos del ejército de Hitler, Manuel Chaves Nogales, ex director del diario *Ahora* —aunque en los créditos constara como subdirector, quien dirigía efectivamente el diario era él— y colaborador por entonces, según propia confesión, de la Radio Francesa para España y América del Sur y de un grupo numeroso de periódicos americanos de lengua española, volvía a abandonar una capital y a emprender el camino del exilio. De París a Burdeos, esta vez, con escala en Tours —y escapada a Biarritz—. Al igual que hace cuatro años en aquel automóvil cargado de periodistas, es muy probable que ahora, en un vehículo con una carga parecida, ya anduviera pensando en lo que iba a escribir. O quizá el proyecto surgiera en las calles de Burdeos, mientras dudaba entre permanecer escondido en algún pueblecito de los Pirineos o soltar definitivamente amarras. Sea como fuere, eso, él, tenía que contar. Porque había estado allí, porque era su deber de periodista dejar testimonio de la tragedia vivida. Y porque en esta ocasión, no nos engañemos, lo que se hundía era mucho más que lo que se había hundido la otra vez.

La agonía de Francia se publicó en Montevideo al año siguiente con un subtítulo que daba a entender lo que no era. «Versión original española de *The Fall of France*», ponía. Que se sepa, *The Fall of France* no llegó nunca a existir. Puede que Chaves, instalado ya en

Inglaterra, proyectara la edición de una versión inglesa de la obra antes incluso de que esta apareciera en español y que, por hache o por be, el libro no viera nunca la luz. En todo caso, es una pena. Para el libro, para la memoria de su autor y para el mundo en general. De haberse publicado en su momento en inglés, estoy convencido de que habría acabado figurando por derecho propio entre los mejores ensayos jamás escritos sobre este periodo de la segunda guerra mundial. Y no me cabe tampoco la menor duda de que el canónico *La caída de París (14 de junio de 1940)*, de Herbert Lottman, tan reacio a incluir, entre sus obras de consulta, nada que no esté editado en inglés o francés, lo habría convertido en una de sus fuentes principales. Y es que *La agonía de Francia* es un gran libro, un libro enorme —y eso que apenas abulta—.

Las razones de esa magnitud son diversas. Lo primero que merece la pena destacar —y aquí el orden no tiene mayor importancia— es que estamos ante un libro escrito por un hombre pletórico. En 1940, con sólo 43 años auestas, Chaves Nogales es ya un periodista como la copa de un pino, que ha dirigido con éxito el diario de mayor tirada de la Segunda República española, que ha creado escuela —el propio Paulino Masip, director de *La Voz* y compañero de huida en Madrid, ha sido discípulo suyo— y que se ha ganado, gracias a sus trabajos, un merecido prestigio entre sus colegas europeos. Por lo demás, es el autor de unos cuantos libros-reportaje, aparecidos antes por entregas en la revista *Estampa* y el más celebrado de los cuales, *Juan Belmonte, matador de toros*, le ha granjeado un crédito considerable. Está, pues, en la plenitud de su carrera. Y además está allí.

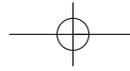
Porque *La agonía de Francia*, en la medida en que es el libro de un periodista, lo es también de un testigo de los hechos. A lo largo del texto son constantes, imperiosos casi, los «yo he visto», los «no olvidaré nunca», los «yo he hablado con», los «he conocido casos»; en una palabra, los *faits vécus*, amparados por la autoridad de ese yo testimonial. Se diría que, por parte del narrador, existe una verdadera obsesión por recordarle al lector que no está hablando de oídas, que eso que cuenta lo conoce de primera mano. Y, en ese conjunto de testimonios que saca a relucir, Chaves no escatima clase social ni tendencia ideológica alguna. Así, lo mismo oímos la voz del oficial de carrera filonazi que la del soldado partidario de la dictadura del proletariado; lo mismo toma la palabra el militante comunista fiel a la estrategia de la Komintern —marcada por la alianza entre Hitler y Stalin, y contraria, pues, a los intereses de Francia en la contienda— que el miembro del partido que antepone a sus ideas la defensa de la nación; y lo mismo desfilan, en fin, por las páginas del libro los aristócratas, los intelectuales y los políticos que la masa, esa masa de la que tanto receló en toda ocasión, siguiendo la estela de Ortega, el propio Chaves.

No obstante, más allá de esas razones y de otras que sin duda podrían aducirse, lo que explica, a mi entender, que estemos ante un gran libro, y muy probablemente ante el mejor de cuantos alcanzó a escribir su autor en su corta vida —murió en Londres en 1944, a los 47 años—, es algo que trasciende la agonía a la que alude el título y que se erige, de algún modo, en su reverso. Me refiero a la defensa cerrada, tozuda, enfermiza de la democracia y sus inigualables virtudes. El

hundimiento de Francia —insiste Chaves repetidamente, como para despejar cualquier sombra de duda— no hay que achacarlo a la democracia y a su incapacidad de plantar cara al totalitarismo, como sostienen los partidarios de los regímenes dictatoriales, sino a la incapacidad de los franceses de preservar los valores que la democracia lleva asociados. Lo cual, sobra decirlo, no deja de constituir una amarga paradoja, habida cuenta de que ningún país en el mundo encarna, como Francia, esos valores.

La agonía de Francia da cuenta, pues, de ese desplome, de ese hundimiento de un país. Y de esa paradoja. Pero no lo hace en modo alguno desde un patriotismo sobrevenido, como podría esperarse de un refugiado agradecido. Ni tampoco desde la añoranza de un patriotismo anterior. España está presente en el libro, ciertamente. Pero está como ejemplo, como caso, del que conviene extraer las debidas lecciones. Y nada más. Ni una lágrima, por consiguiente. Si existe una escritura enemiga del lagrimeo, esa escritura es la de Chaves. Tanto si pondera la democracia y sus virtudes, como si desmenuza, uno a uno, los factores que han llevado a Francia a la ruina, como si se detiene en los efectos de los bombardeos pasados, presentes y futuros, su escritura conserva en todo momento un mismo temple. El que resulta, en definitiva, del ejercicio valiente y responsable de la razón.

Es verdad que Chaves conocía el percal. Sus viajes le habían familiarizado con los totalitarismos, de un signo u otro, y con sus modos. No ignoraba, pues, dónde estaba el peligro. Por lo demás, la experiencia de la Segunda República española y su trágico desenlace no habían hecho sino reforzarle en sus certezas y con-

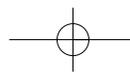


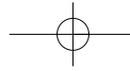
XIV MANUEL CHAVES NOGALES

vicciones. Los enemigos de la democracia tenían rostro: fascismo y comunismo. Y no quedaba más remedio que hacerles frente y derrotarlos si uno quería vivir en paz, en democracia y en libertad. Ahora bien, no todos veían las cosas con semejante lucidez. Mejor dicho, los clarividentes eran muy pocos. Y los que, viendo lo que había que ver, se atrevían a expresarlo públicamente y a denunciar cuanto hubiera que denunciar, todavía menos.

Puestos a identificar a esos *clerics*, a mí no se me ocurren más nombres, para acompañar el de Chaves, que los de George Orwell y Albert Camus. Es curioso, los dos eran periodistas. O no tan curioso. Al fin y al cabo, de ambos también puede decirse que siempre supieron estar allí.

XAVIER PERICAY

La agonía de Francia



Prólogo

Golpe de Estado

—*Qui êtes-vous?*

Nos echaron a la cara los haces de luz de sus linternas y nos examinaron recelosamente. Salíamos del despacho del ministro del Interior, señor Mandel, y bajamos por una escalera de servicio de la Prefectura de Burdeos donde se había instalado el ministerio después de la evacuación de Tours. Hasta aquel instante Mandel había sido el jefe supremo de las fuerzas de orden público; a partir de entonces era un perseguido, un presunto criminal.

Mandel seguía en su despacho despidiéndose del personal y adoptando sus últimas disposiciones para la transmisión de poderes como ministro dimisionario del gabinete Reynaud. Pero, escaleras abajo, la guardia había cambiado ya, unos oficiales habían sustituido a otros y el ministro, sin salir de su despacho, se había convertido en prisionero. Los oficiales que nos habían dado el alto, a quien acechaban era a Mandel mismo. Era su rostro el que querían adivinar a través de posibles disfraces, temiendo que se les escapase en la confusión de

los primeros momentos. Nos miramos estupefactos. Aquello no era una crisis sino un golpe de Estado.

Pétain, dueño ya del poder, no había constituido todavía su gobierno. Aún era inconcebible la capitulación. El almirante Darlan seguía proclamando que la flota francesa no se entregaría nunca. Tocaba a su fin aquel domingo mansamente trágico en el transcurso del cual había sucumbido Francia.

La tarde del domingo en que murió Francia

En unas horas plácidas, banales, de un domingo radiante, Francia, la Francia que creíamos inmortal, se había hundido, quizás para siempre, entre la indiferencia absoluta de una gran ciudad alegre y confiada, el discurrir perezoso de una muchedumbre endominada que llenaba los jardincillos del Hôtel de Ville presenciando con inconsciente curiosidad provinciana el ir y venir de los automóviles oficiales y el ajeteo miserable de cientos de miles de refugiados ajenos a todo lo que no fuese la satisfacción inmediata de sus necesidades físicas, que buscaban afanosamente dónde comer y dormir aquella noche.

Un mediano *restaurant*, una cama, una mesa libre en una terraza para tomar cómodamente el aperitivo, una localidad para el cine, un buen puesto en primera fila para verle la cara a Pétain o a Reynaud al entrar o salir del Consejo de Ministros, tenían más importancia para aquella masa abigarrada que todas las angustiosas preocupaciones nacionales del momento. ¿Cuántas personas de aquéllas tenían plena conciencia de la hora decisiva para ellas y para la historia que estaban vivien-

do? Nunca una catástrofe nacional se ha producido en medio de una mayor inconsciencia colectiva.

La indiferencia de las masas

La revelación más sorprendente y espantable del derrumbamiento de Francia ha sido esta de la indiferencia inhumana de las masas. Las ciudades no han tenido en ninguna otra época de la historia una expresión tan ferozmente egoísta, tan limitada a la satisfacción inmediata y estricta de los apetitos y las necesidades de cada cual.

Seguíamos manteniendo la ilusión de que la gran ciudad engendra el mito de la ciudadanía. Hemos visto ahora que la gran ciudad moderna, con toda su vibración y su formidable progreso material, es un ser inanimado, una fuerza y una resistencia gigantesca si se quiere pero que sólo actúan en el dominio estricto de su propia función, que permanecen inoperantes cuando se quiere esgrimir las con una finalidad espiritual superior. Se ha demostrado que es punto menos que imposible paralizar la vida de una gran ciudad, conseguir que dejen de circular sus tranvías, impedir que funcionen sus teatros y sus cines, hacer que se cierren sus mercados y sus bazares, que los guardias dejen de regular el tráfico y los carteros de repartir las cartas. Ni guerras ni revoluciones lo logran. Todo intento contra esta inercia formidable de la gran ciudad está condenado al fracaso. La misma aviación de guerra, empleada con la intensidad y el perfeccionamiento actuales, es impotente ante la solidez de la organización urbana. Madrid, Barcelona y Varsovia lo habían demostrado

ya. París, en un momento dado ha visto caer sobre sus tejados un millar de bombas sin que su vida normal se alterase un minuto más de lo que duró la alerta. Las gentes, diez minutos después de haber salido de los refugios, volvían indiferentes a sus ocupaciones, seguían haciendo como si tal cosa y aun sin enterarse siquiera, su vida normal. La hubiesen seguido haciendo aunque en lugar de mil víctimas como hubo hubiese habido diez mil, veinte mil, cincuenta mil, todas las víctimas que las masas de aviación hoy disponibles puedan ocasionar. Hasta ahora la perturbación mayor que la guerra aérea produce en las grandes ciudades es la perturbación que imponen no las bombas mismas con su estrago, que es mínimo, sino las precauciones inevitables de la defensa pasiva que paralizan peligrosamente y de manera costosísima la vida urbana.

Cómo se rinde una gran ciudad

Ahora bien, esta organización colosal de la vida moderna, este funcionamiento perfecto e indestructible de sus servicios, esta continuidad inalterable de su actividad que desafía todas las amenazas exteriores y da seguridad y confianza al ciudadano, es totalmente ajena e independiente de las funciones superiores del Estado y aun de la vida misma de éste. El Estado puede hundirse y desaparecer para siempre y el pueblo puede caer en la esclavitud sin que el autobús haya dejado de pasar por la esquina a la hora exacta, sin que se interrumpan los teléfonos, sin que los trenes se retrasen un minuto ni los periódicos dejen de publicar una

sola edición. Habíamos creído ingenuamente que la complicada mecánica de todo ello estaba en conexión estrecha e indisoluble con los fines del Estado y esto es una vana ilusión.

Nos parecía que la fuerza enorme de la ciudad podía servir para algo más que para que la ciudad viviese y nos hacíamos la ilusión de que esa fuerza podía ser empleada cuando llegase el momento —vital para el país— de defenderse contra una invasión extranjera. El taxi del Marne, del que los franceses hicieron un engañoso símbolo, y las milicias de peluqueros y costureras reclutadas para la defensa de Madrid habían contribuido al error funesto de creer que en el momento de peligro se opera fatal y automáticamente la conversión de las fuerzas ciudadanas en fuerzas de lucha contra el enemigo del país.

En la ciudad antigua, cuando la lucha era a la medida del ciudadano, éste abandonaba fácilmente sus quehaceres pacíficos en el momento de peligro y se convertía en el soldado de su independencia.

Esto fue posible en Numancia. No ha sido posible en París ni lo sería en Nueva York. Cuesta trabajo aceptarlo porque parece inconcebible que los complicados engranajes de la máquina urbana moderna, construida penosamente a lo largo de los siglos para trabajar en un sentido determinado, puedan seguir trabajando en otro sentido diametralmente opuesto sin que todos sus piñones salten hechos pedazos. Pero así es.

La fe en Francia

Esta dura realidad no la habíamos visto o nos la habíamos ocultado pudorosamente. Creíamos, o queríamos

creer, que el progreso material, engendrado por el progreso del espíritu, seguiría siendo fiel a éste. No aceptábamos la posibilidad de que la máquina nos abandonase o nos hiciese traición.

Toda Francia era una creación espiritual conseguida en veinte siglos de civilización, de lucha constante contra la barbarie. Su fuerza material era única y exclusivamente una emanación de su espíritu. Todo en Francia estaba lleno de sentido, era tan humano, tenía tan exactamente la medida de lo humano, que parecía imposible que este equilibrio se rompiera y Francia cayese en la barbarie y la abyección. La fe en Francia era una fe ciega, universal. Creían en ella quienes la conocían a fondo y quienes la ignoraban; hasta sus enemigos; hasta los salvajes. No era una fe en una doctrina que en cualquier momento puede revelarse falsa. No era una fe de doctrinario, de partidario, de defensor de un dogma la que Francia engendraba. Era la fe natural del hombre en lo que es humano y en todo lo que está al alcance de su comprensión. La fe del labrador en las cosechas, del pastor en la reproducción de las especies, del marinero en la virtud de los vientos. Francia, heredera genuina de la civilización greco-latina, cuyo módulo era el hombre, había sido siempre fiel a sus humanidades clásicas, no se había apartado nunca del culto de lo humano y, así como en sus abadías se había salvado la cultura antigua a través de la barbarie de la Edad Media, se podía esperar ahora que ante esta barbarie nueva, ante esta nueva Edad Media, Francia cumpliera fácilmente la misión providencial que se había atribuido.

El mito de la libertad

A Francia acudían ayer aún, llenos de esperanza, los hombres de toda Europa que seguían teniendo fe en el hombre y en sus valores morales, los que creían en la libertad porque la necesitan para vivir como el oxígeno para sus pulmones, los que no se resignan a abdicar su dignidad viril ante los monstruos primarios del totalitarismo. Desde que se derrumbó el mito de Moscú, que había atraído falazmente a quienes tenían hambre y sed de justicia, desde que se deshizo la ilusión de la revolución bolchevique, Francia había vuelto a ser la Meca de todos los hombres libres de Europa, acaso sólo por el prestigio insigne de su tradición.

Cuenta Máximo Gorki que hubo un periodo en el que el solo nombre de Lenin despertaba en los más remotos países de la tierra tan magníficas sugerencias de redención que, cruzando millares de kilómetros, llegaban constantemente en peregrinación a la Plaza Roja de Moscú, gentes sencillas y emocionadas que hablaban todas las lenguas y tenían del comunismo las ideas más arbitrarias pero que comulgaban unánimes en un ideal de liberación no por inefable menos fuerte. Ese ideal había cristalizado finalmente en el culto a aquella momia maquillada ante la cual, en señal de devoción, el que no sabía hacer otra cosa se santiguaba.

Con la misma fe ciega llegaban en los últimos tiempos a los arrabales de París los hombres que querían seguir siendo libres y que a su libertad lo habían sacrificado todo, sus hogares, sus familias, sus patrias.

Hoy, después del derrumbamiento de Francia, no puedo disociar la devoción de los pobres demócratas de Europa por Francia de la devoción ingenua de los

proletarios de todo el mundo por aquella momia maquillada que monta la guardia a la entrada del Kremlin.

La defección francesa

Francia —aunque fuese a pesar suyo— no era sólo Francia, es decir, lo que Charles Maurras llamaba «el país real». Era también un mito de la democracia, de la libertad, de los Derechos del Hombre. Pero este mito había llegado a ser carne de su propia carne, era tan francés, tan consustancial para la vida de la nación como era raíz enmarañada y perdida del indigenato en la que el nacionalismo integral francés se obstina en colocar la única razón de ser de Francia. Consagrándose furiosamente a la demolición del mito de la democracia, los nacionalistas franceses no han conseguido sino la demolición de Francia, su capitulación, su servidumbre total a la barbarie extranjera, su deshonor ante el mundo.

Esa Francia, ideal o idealista, que el *país real* ha procurado extirpar a toda costa era la mejor Francia, la que el mundo admiraba y respetaba reconociéndola y considerándola aún en la contrafigura de sus más sañudos detractores interiores. ¿En qué clima sino en el de Francia, en el de la Francia liberal y demócrata, se hubiesen producido y hubiesen alcanzado su máximo desarrollo hombres como León Daudet y el mismo Charles Maurras? ¿Qué será de ellos ahora, a las órdenes del doctor Goebbels? ¿Serán tan eficaces y activos contra los invasores triunfantes como lo fueron contra los demócratas, los judíos y los metecos que disimulábamos ante el mundo la triste realidad de una Francia claudicante?

A Francia habían acudido en los últimos tiempos grandes masas de hombres que buscaban en ella amparo frente a la nueva barbarie que se desencadenaba en Europa a cambio de ofrendarle sus vidas, su trabajo y sus hijos. Francia tenía a orgullo el ser tierra de asilo y se vanagloriaba de que todo hombre civilizado tuviese dos patrias, la suya y Francia. La vitalidad francesa, en decadencia, se mantenía gracias a estas intenciones constantes de sangre nueva. Cerca de un millón de italianos, medio millón de españoles, cientos de miles de checos, austriacos, polacos, rumanos, rusos, alemanes y judíos de todas las nacionalidades servían sumisos y humildes a la grandeza de Francia, sólo por devoción al mito de la democracia. La monstruosa elaboración de los Estados totalitarios y su expansión triunfal llevaba a Francia a unas masas de humanidad que representaban una selección espiritual, una élite de todos los pueblos de Europa. A quienes los Estados totalitarios eliminaban eran los mejores, los más fuertes, los más dignos, los que habían sabido resistir, los que no se habían doblegado ante la barbarie triunfante. Francia, que hubiera podido edificar contando con ellos un Estado de una fortaleza indestructible, se dejó ganar poco a poco por las sugestiones del adversario, renegó de sí misma y de cuanto había representado en el mundo, se rindió a la coacción de la propaganda enemiga y trató como adversarios y delincuentes a quienes acudían a ella en calidad de servidores fieles del ideal que Francia había simbolizado siempre.

Yo he visto y he sentido hondamente la amarga decepción de esos cientos de miles de hombres que, perdida su patria por la expansión triunfante de la barbarie

totalitaria, llegaban a Francia creyendo encontrar en ella el baluarte de la democracia y la civilización y se encontraban con un nazismo vergonzante, larvado, con el cadáver maquillado de una República Democrática en cuyas entrañas podridas germinaría la gusana del totalitarismo.

Francia se ha suicidado, pero al suicidarse ha cometido además un crimen inexpiable con esas masas humanas que habían acudido a ella porque en ella habían depositado su fe y su esperanza. Entre las cláusulas del deshonroso armisticio aceptado por el mariscal Pétain hay una que basta y sobra para deshonrar a un Estado; la cláusula por la que el gobierno francés se compromete a entregar a Hitler, atados de pies y manos, a los refugiados alemanes antihitlerianos que habían buscado su salvación en Francia y a quienes el Estado francés había utilizado sin escrúpulo en el simulacro de lucha contra el hitlerismo. La entrega al verdugo alemán de esos hombres que habían tenido fe en Francia será una de las mayores vergüenzas de la historia.

Experiencia personal

Mi pequeña experiencia personal no deja de ser significativa. Refugiado español, me había puesto incondicionalmente al servicio de la República Francesa desde el comienzo de la guerra con la convicción de que mi patria no podría librarse de la hipoteca que sobre ella tienen las potencias totalitarias más que cuando éstas hubiesen sido derrotadas por las potencias democráticas. Ayudaba a la guerra con todo mi entusiasmo.

Cada día, un grupo numeroso de periódicos americanos de lengua española publicaba mis crónicas redactadas única y exclusivamente al servicio de la causa francesa; cada día la Radio Francesa para España y América del Sur divulgaba mis comentarios inspirados en las consignas directas del Quai d'Orsay. Cuando en Tours primero y en Burdeos después, sobrevino el derrumbamiento del Estado francés y cuando al constituirse el gobierno Pétain comprendí que iba a ser entregado a los alemanes, quise buscar refugio en el mismo pueblo de Francia al que había estado sirviendo y ayudando con mi modesta pluma pero con todo el entusiasmo de que era capaz. Se preveía en aquellos momentos la ocupación total del territorio francés por los alemanes y busqué un rincón rural apartado en un repliegue de los Pirineos donde ocultarme. Tenía buenos amigos franceses, gentes liberales, generosas, fieles a la buena tradición hospitalaria de Francia y recurrí a uno de ellos. Mi propósito era procurarme un falso pasaporte de una república hispanoamericana con un nombre cualquiera y contando con la ayuda de algún patriota francés meterme en una granja donde permanecería trabajando como jornalero durante la dominación alemana. Al amigo a quien recurrí, que conocía mis servicios a la causa de Francia, le dije:

—No tengo por qué ocultar mi verdadera personalidad a ningún francés y estoy dispuesto a declinar mi identidad auténtica ante las autoridades francesas en la seguridad de que no me delatarán a los invasores. Usted puede garantizarles que soy un amigo de Francia, un hombre que la ha servido lealmente, que quiere seguir sirviéndola, y que, sin comprometer a nadie, espera sólo no ser entregado.

Mi amigo, un hombre positivamente generoso y leal, dobló la cabeza sobre el pecho y con lágrimas en los ojos y la voz vacilante respondió:

—No haga usted eso. Si alguien supiera en una granja, en una aldea, que usted ha servido a la República, que usted ha ayudado a la guerra de algún modo, que usted ha sido un amigo de Francia, le delatarían a usted inmediatamente. El jefe de la gendarmería francesa a quien usted se confiase se apresuraría a entregarle a los alemanes. Es espantoso para mí que soy francés, tener que decirle esto. Pero tal es la horrible realidad. Nuestros amigos de ayer y de hoy, los que más nos han ayudado hasta este momento, van a ser de aquí en adelante nuestros enemigos. Váyase. Si con un nombre falso puede encontrar trabajo y albergue en la aldea no le revele a nadie su verdadera personalidad ni descubra que fue amigo de la Francia que acaba de morir. Yo mismo tendré que olvidarlo.

La tragedia del francés

Más patética aún que la situación de los extranjeros que habían puesto su fe en Francia es la de los mismos franceses que sostuvieron hasta el último instante la fidelidad de Francia a sus ideales, los que reaccionaban enérgicamente contra la idea de capitulación, los que verdaderamente habían luchado contra el hitlerismo con toda su alma y se encontraron de la noche a la mañana traicionados, vendidos por su propia patria. Para éstos el desgarramiento ha sido aún más espantoso. Yo les he visto en las horas angustiosas del desmoronamiento errar desarbolados tras el fantasma de

una Francia capaz de resistir que se desvanecía por instantes. Les he visto acosar con inútiles excitaciones a la lucha al Estado fugitivo, a la masa inerte de funcionarios que sólo se preocupaba de su seguridad personal, abandonándolo todo, renunciando a todo, dejándose en las carreteras de Francia, en el trayecto de París a Tours y de Tours a Burdeos la herencia de veinte siglos de civilización.

Esos hombres, los mejores de Francia, se hallan hoy en su propio país perseguidos como criminales por el delito de haber sido franceses y patriotas. Pocos, muy pocos habrán podido salvarse. Los que hayan conseguido ganar las fronteras habrán caído bajo el control de la Gestapo en España o se encontrarán inmovilizados en Suiza. Los que hayan podido llegar hasta Portugal o embarcar para Inglaterra serán los únicos que escapen a la garra del hitlerismo. Los otros, los que han quedado en el territorio francés no ocupado por los alemanes, van a sufrir de aquí en adelante una dictadura totalitaria que va a ser cien veces peor que la alemana. Es una ley histórica que todo pueblo vencido adopta fatalmente la forma de gobierno del vencedor. Francia va a sufrir de aquí en adelante un nazismo traducido que nada tendrá que envidiar al de Alemania.

La patria y el patriotismo

Con los cañones apuntando al cielo, los servidores de las piezas inmóviles en sus puestos, los oficiales en las torrecillas y el puente manejando los telémetros, en perfecto zafarrancho de combate desde el momento mismo de largar amarras, zarpaba del puerto de Bur-

deos el contratorpedero británico gracias al cual un reducido grupo de personalidades francesas, escritores, políticos, periodistas, los más significados, los más representativos de Francia, los que con mayor tesón y coraje habían luchado contra el hitlerismo, se libraban en el último instante no ya de la muerte, la deportación o el confinamiento en los campos de concentración hitlerianos, sino de la servidumbre oprobiosa al vencedor, mil veces peor y más aflictiva ahora que todas las esclavitudes clásicas. Reunidos silenciosamente en la cámara en torno a la mesa de oficiales, aquellos hombres, que tenían plena conciencia de la tragedia inmensa de su patria, permanecían anonadados. De vez en cuando alguno de ellos se levantaba como un autó-mata para contemplar las orillas fugitivas del estuario del Garona que el contratorpedero cruzaba a veinte nudos por hora, todo erizado de cañones y tremolando orgullosamente el pabellón británico. La fértil tierra con sus bosquecillos y sus viñedos huía vertiginosamente ante la mirada espantada de aquellos buenos franceses que temían no volverla a ver. Hubo un momento en el que *Pertinax*, el frío e impenetrable *Pertinax* de los agudos esquemas internacionales, se agarró nerviosamente a mi brazo para decirme con mal velada emoción:

— ¡Ése es mi pueblo! Ahí nací yo.

Y me señalaba con el dedo una casita aldeana rodeada de una huerta frondosa que pronto perdimos de vista en un recodo del Garona.

Otros, menos contenidos, se desolaban. Émile Bure, el gordo y desbordante Émile Bure, francés hasta las cachas, trepidaba de angustia al ver cómo se le escapaba la tierra francesa.

— ¡Yo no puedo vivir fuera de Francia! —exclamaba—. ¡Yo no quiero vivir fuera de Francia!

Y con una volubilidad trágica detenía en la cubierta del contratorpedero a los oficiales ingleses para explicarles en un francés sabroso y coloreado que ellos no entendían, cómo toda su vida estaba vinculada a aquella tierra fugitiva de la que se alejaba y para suplicarles que diesen orden de detener el contratorpedero y le desembarcasen.

— Aunque Pétain me encarcele. Aunque los alemanes me fusilen. Yo soy un hombre de esta tierra y no sabré vivir sino en ella.

Luego se apaciguaba pensando que el Canadá es tierra francesa y se ponía a soñar en la trasplatación de París, su París, a Montreal.

Madame Tabouis, agotada, extinta, hecha una pavesita, iba y venía por el barco como un alma en pena preguntando acá y allá qué pasaría en Francia en aquellos momentos, buscando radiogramas, queriendo a todo trance mantener el contacto con el país, contacto interrumpido que había sido hasta entonces su verdadera razón de vida.

Y así todos. Para el francés de raza el país es algo más que para la generalidad de los hombres, es la vida misma, el aire que se respira. Aquellos hombres, que al día siguiente habían de ser tachados de antipatriotas y denunciados a los tribunales de Francia, daban al alejarse de ella un espectáculo emocionante de patriotismo, de ternura y devoción por la tierra nativa de la que no sabían apartarse.

El francés, que en estos momentos pierde sin un dolor excesivo su imperio colonial, no se siente, sin embargo, con fuerzas bastantes para afrontar el trance horrible

de la emigración para el que no estaba preparado espiritualmente y sólo una minoría muy fuerte de espíritu soportará estoicamente la dura prueba del exilio.

Yo, que soy español, veía serenamente convertirse la tierra de Francia en una línea azul tenue que se desvanecía como fueron desvaneciéndose en el curso de los últimos meses las ilusiones que había puesto en aquella tierra. En Francia, país de asilo, convertido ahora en una inmensa cárcel, quedaban tras las alambradas de espino de los campos de concentración muchos miles de españoles que habían tenido fe en ella. El viejo y acendrado amor que profesábamos a Francia no podrá en mucho tiempo vencer el dolor de la traición que se ha hecho a sí misma y al mundo que creía en ella.

De cara al mar abierto, cuando la tierra de Francia se había borrado ya del horizonte, sentimos renacer nuestra fe y nuestra esperanza. Era la segunda patria que perdíamos. Pero la catástrofe de Francia, como la de España, no era la derrota definitiva. Era sólo una nueva etapa dolorosa de una lucha que no tiene patrias ni fronteras porque no es sino la lucha de la barbarie contra la civilización, de las fuerzas de destrucción contra el espíritu constructivo y el instinto de conservación de la humanidad, de la mentira contra la verdad...

El mar abierto nos mostraba sus rutas innumerables. Aún hay patrias en la tierra para los hombres libres. Sobre nuestras cabezas tremolaba orgullosamente el pabellón de la Union Jack.

1

Si Hitler hubiese atacado en septiembre

Los hombres se juntaban poco a poco en la taberna de la esquina para ir a entregarse. Venían todos con un aire desembarazado, el hatillo a la espalda, las manos en los bolsillos. Cada uno que llegaba pagaba su ronda de Perrot arrojando sobre el mostrador de cinc su moneda y exclamaba despectivamente:

— *Alors, quoi. On y va?*

La orden de movilización general, con sus banderitas tricolores cruzadas, chorreaba engrudo en las esquinas. El Estado Mayor había echado la garra sobre el país. La vida de la nación quedaba en suspenso como por encanto y de los campos, las fábricas y las oficinas iban saliendo por millones los hombres que, abandonando sus quehaceres, habían de convertirse en soldados.

Por primera vez, desde hacía años, los vecinos del barrio, el arrabal o la aldea, que habían estado odiándose y persiguiéndose con saña, se encontraron juntos alternando plácidamente ante el mostrador de la taberna, ya que no con una cordialidad entusiasta, con una inteligente resignación. El *Croix de feu* del barrio llegaba a la taber-

na con su hatillo a la espalda como todo el mundo, daba la mano a todos, hasta a los comunistas y, como todo el mundo, se alzaba de hombros y decía desdeñoso:

— *Quoi, on y va?*

El pueblo de Francia volvía a encontrar en la promiscuidad de la movilización general su cohesión y su unidad perdidas a lo largo de una guerra civil larvada en la que los ciudadanos no se asesinaban unos a otros — como habían estado haciendo gozosamente los españoles — por pura y simple dificultad material, por la sencilla razón de que la gendarmería no había perdido su eficacia y faltaba el margen de impunidad que es indispensable a los héroes de las guerras civiles.

La incorporación al ejército devolvía momentáneamente a los ciudadanos franceses la libertad, la igualdad y la fraternidad perdidas en el cono de aquella guerra civil latente desde 1936 que había hecho imposibles en Francia todas las funciones normales de la ciudadanía. Este solo hecho era ya una victoria alemana, la primera. Triunfaba el sofisma alemán de la libertad en la disciplina, la igualdad en el servicio y la fraternidad en la jerarquía del ejército. Desde el momento en que había sido necesario este aparato ortopédico del militarismo para que la ciudadanía francesa se restaurase, Francia, la Francia liberal, democrática y antimilitarista, estaba moralmente vencida.

El *Croix de feu* y los comunistas entraban dócilmente y hasta con cierto júbilo en el engranaje militar. Los otros, los demócratas, los liberales, desde el pacifista doctrinario hasta el *je m'en fiche bien*, entraban rezonando, pero sin poner ninguna energía vital en sus objeciones de conciencia y en las reservas mentales de su pacifismo con un dejarse ir fatalista no exento de valor personal ni de civismo.

Francia iba resueltamente a la guerra y su aparato militar había funcionado con exactitud matemática. Tres millones de hombres estaban dispuestos a hacer la guerra, sin ningún entusiasmo, sin gritos patrióticos ni actitudes heroicas, pero con una profunda exasperación que les hacía exclamar rabiosamente:

— ¡Hay que acabar de una vez!

El francés no es cobarde. La convicción de que la guerra era inevitable había arraigado en todas las conciencias y, con una sorda irritación, el ciudadano francés, que no quería la guerra, cargaba con la mochila dispuesto a pelear bravamente sin que le amedrentasen la voluntad y la capacidad guerreras del adversario. He oído a muchos de los que partían para el frente esta declaración expresada en formas diversas pero con un mismo fondo de serenidad, de conciencia, de grave y viril resolución:

— No seré un héroe, pero tampoco un cobarde.

Tengo la íntima convicción de que si Hitler hubiese atacado a Francia a raíz de la declaración de la guerra se habría roto los dientes contra la firme voluntad de luchar y resistir que entonces animaba al pueblo francés. El día primero de septiembre de 1939, tres millones de hombres salieron de sus casas dispuestos a jugarse la vida para defender a su patria. Lo que haya pasado luego es ya otra historia.

Francia pudo salvarse

Este hombre, que con un sobrio ademán acababa de decir adiós a su mujer, a sus hijos, su hogar y su trabajo y que, por primera vez, se encontraba alternando en fra-

ternal camaradería con otros hombres que no pensaban como él, a los que había odiado y contra quienes había combatido hasta entonces, se hallaba dispuesto a todos los sacrificios, el de sus ideas, el de sus pasiones y hasta el de su vida. Este hombre hubiera podido ser la primera materia de una victoria.

Moralmente, era superior a su adversario. Frente al tamtan guerrero de Alemania, donde los hechiceros de la tribu excitaban a los hombres para llevarlos al combate con voces roncas que les embriagaban de odio y ambición, en Francia no sonaban más que voces claras, discretas, razonables que hablaban fríamente a la inteligencia de la inexorabilidad de la lucha, de por qué había que sacrificarlo todo a la patria, de los compromisos contraídos por el país, de las exigencias de la civilización... Todo ello, sin grandes ni enfáticas palabras, sin ningún alcohol, sin ningún estupefaciente. No creo que se haya hablado nunca a un pueblo que se quiere llevar a la lucha con tan honda sinceridad, con tan honesta lealtad como hablaba Daladier al pueblo de Francia en los primeros días de la guerra cuando su voz cálida, con acento entrañable y un poco aldeano, llevada por las ondas, resonaba patéticamente en el fondo de los hogares franceses con tono tan íntimo que la familia humilde que la escuchaba podía creer que era uno de los suyos, el marido, el padre o el hermano, quien hablaba. Nunca un pueblo ha estado tan cerca de la identificación completa entre sus sentimientos y las palabras y los actos de sus gobernantes. Daladier era al comenzar la guerra el exponente exacto y verdadero del pueblo francés. Ni más ni menos. Lo que a Daladier le faltase, le faltaba a Francia. Las virtudes que Francia tuviese, Daladier las manifestaba. Este equilibrio difícil no fue duradero.

La guerra civil

Esa guerra civil, que es la que en realidad ha vencido a Francia, estaba declarada desde que en 1936 la nueva táctica comunista llevó al poder al gobierno del Frente Popular.

La táctica de los Frentes Populares, adoptada por el Komintern en 1935, ha sido funesta a Francia como lo fue a España. En ambos países dio el triunfo electoral a las izquierdas pero en ambos países provocó automáticamente la reacción profascista que, si en España tomó la forma del alzamiento militar, del típico pronunciamiento español, en Francia sirvió de pretexto para que las fuerzas derechistas de la nación, movidas por el terror pánico al comunismo, torciesen el rumbo de la política internacional francesa orientándola hacia la alianza con Italia y la contemporalización con Alemania con lo que prácticamente destruían de un golpe el complicado sistema de alianzas elaborado con discreta perseverancia por Berthelot Barthou y sus oscuros colaboradores desde hacía veinte años, sistema en el que se basaba la teoría de la seguridad colectiva y la seguridad real de Francia.

Desde que las derechas se alzaron abiertamente a esta nueva política exterior creyendo que con ella provocarían el fracaso del Frente Popular y el derrumbamiento del Gobierno, los dos dictadores de Roma y Berlín se encontraron con las manos libres en Europa. Francia se ponía a su merced. Por miedo a Moscú, las derechas francesas entregaban a Francia a la voluntad de Alemania e Italia.

En realidad, la defección de la derecha francesa a los fines exclusivamente nacionales de la política exte-

rior seguida hasta entonces por Francia es anterior al Frente Popular mismo. Tiene su arranque en el problema de las sanciones contra Italia por la conquista de Abisinia. Fue entonces cuando se concretó la traición derechista a la política internacional franco-británica.

La verdadera corrupción interior

En Francia, o mejor dicho, en París, existe tradicionalmente una inclinación un poco morbosa a buscar en la concusión y el soborno la única motivación de las defecciones políticas. He oído decir al director de un diario parisiense que Francia estaba vendida y a merced de sus enemigos a partir de la campaña antisancionista que se hizo en la prensa y los medios políticos de París por el procedimiento del soborno puro y simple. Mussolini compró entonces por cuarenta millones de francos distribuidos hábilmente entre unos cuantos políticos y periodistas a los cuarenta millones de ciudadanos franceses que Pétain y Laval le han librado ahora atados de pies y manos.

Sin conceder a la venalidad de los políticos y la prensa todo el poder maléfico que el vulgo le atribuye, sin aceptar que los franceses hayan sido vendidos a franco la pieza y sin hacer coro a la propaganda hitleriana que tan hábilmente ha sabido explotar en daño de las democracias esta morbosa delectación que el ciudadano francés experimenta cuando llena de lodo a sus hombres políticos y les acusa, con razón o sin ella, de traidores y vendidos, hay que conceder a la corrupción de la política francesa toda la parte que electivamen-

te le ha correspondido en la catástrofe del país. En realidad, los regímenes totalitarios no marcan una superioridad sobre las democracias más que cuando éstas se hallan interiormente podridas. Frente a una democracia que conserva sus virtudes cívicas la inferioridad y la impotencia de los regímenes totalitarios siguen siendo incuestionables. Ante la democracia británica el totalitarismo germánico no ha podido todavía apuntarse ningún tanto a su favor ni podrá conseguirlo mientras no se produzcan en ella los mismos fenómenos de descomposición social y política que se han producido en la democracia francesa.

La propaganda totalitaria se hace a base del sofisma de que, puesto que hay democracias podridas, la podredumbre es inherente al régimen democrático.

Pero ocurre que, aun en el caso de Francia, donde el régimen se halla en plena descomposición, no han sido los elementos democráticos auténticos los que han podido ser acusados de la corrupción que ha provocado la catástrofe nacional, sino precisamente los elementos antidemocráticos de la nación. El *affaire Stawisky* puso al descubierto todas las lacras del régimen. *Topaze* revela una lamentable realidad interior. Todo ello, sin embargo, no hubiese provocado el derrumbamiento del Estado, y tal vez hubiese sido corregido e incluso aprovechado ejemplarmente de no haber sido por la corrupción profunda e irremisible de los enemigos de la democracia, quienes llevados tanto por su afán de lucro personal como por su obsesión ideológica se vendieron al enemigo exterior. El soborno por Alemania de destacadas figuras de la intelectualidad que habían renegado del liberalismo, la captación por el nazismo de importantes núcleos de antiguos comba-

tientes sugestionados por el caporalismo y las turbias maniobras de agentes nazis como el famoso Abetz en los medios mundanos hostiles al régimen, no quieren decir que fuese la democracia la que estaba vendiendo a la nación, sino que era precisamente la Francia anti-democrática la que llevaba su putrefacción hasta el extremo de venderse al enemigo por el importe de los derechos de autor de unas problemáticas ediciones alemanas, por unos viajes gratuitos, unos halagos torpes y unas promesas de lucro basadas en la esperanza de la explotación sin límites del proletariado francés bajo la benévola protección de las potencias totalitarias. Cuando Henri de Kérillis tenía que morderse los labios porque no podía decir que un mariscal de Francia, el glorioso vencedor de Verdún, actuaba como si estuviese vendido al enemigo, no era la corrupción de la democracia la que estaba patente, sino precisamente la de todo lo que en Francia era hostil a los ideales democráticos.

El proceso de la democracia

La corrupción de los hombres públicos no basta para explicar catástrofes como la de Francia. La causa profunda de lo que había de suceder hay que buscarla en el proceso de los últimos diez años de la vida francesa, proceso claro, evidente, de acabamiento, agonía y descomposición de un pueblo.

Después de la *experiencia Poincaré*, que no fue en definitiva más que el último esfuerzo hecho para ver si merced a la idea de Unión Nacional, Francia podía seguir viviendo a costa de su propia sustancia tradi-

cional, conservadora, rebañando los últimos residuos de vitalidad de la república burguesa, Francia había pasado por algo mucho más terrible y funesto que una revolución triunfante; había pasado por dos revoluciones abortadas; la de las Ligas reaccionarias de 1934 y la del Frente Popular en 1936.

Las energías vitales que le quedaban a Francia después de la sangría de la Gran Guerra y de la lenta conunción que el régimen Poincaré representaba, se gastaron estérilmente en estos dos intentos fracasados de revolución. Ni las Ligas ni el Frente Popular tuvieron fuerza bastante para sacar al país del marasmo en que lo había sumido la costosa e infecunda victoria. Ambos intentos revolucionarios, uno de la derecha y otro de la izquierda, se saldaron con una docena de muertos en la plaza de la Concordia sobre cuyos cadáveres se quiso montar una explotación política repugnante y con unas ocupaciones de fábricas en que los obreros se contentaban con bailar y beber en los talleres con un júbilo pueril de triunfadores que se satisfacen con poco. La *sagesse* francesa sirvió únicamente para hacer inútiles estos dos últimos movimientos de energía vital, de sobresalto de un país que se siente morir poco a poco y reacciona desesperadamente. Gastón Doumergue, primero, y Léon Blum, después, vinieron a raíz de cada una de estas crisis para anestesiar al paciente y volverlo prudentemente a su lenta y sosegada agonía. Todo el talento de estos hombres y de quienes les han secundado ha servido para evitar el dolor. Francia se ha ahorrado las convulsiones terribles, dolorosas, de un parto difícil, pero ha sucumbido dulcemente en la septicemia del aborto.

Porque, ni el movimiento reaccionario francés se

liquidó con la disolución de las ligas y las traiciones y sobornos de sus jefes, ni el impulso revolucionario se diluyó en el contento de las vacaciones pagadas y la semana de cuarenta horas.

Los gérmenes de las dos revoluciones abortadas seguían intoxicando el organismo nacional y a partir de 1936 crearon un estado morbosos de guerra civil latente, crónica, una guerra civil en la que los ciudadanos no se asesinaban unos a otros pero poco a poco iban asesinando entre todos al país.

Por efecto de la decadencia general, unos y otros habían buscado la línea de menor resistencia y en vez de despedazarse mutuamente, como hacían los españoles, saciaban su odio y su rencor minando y destruyendo la base de sustentación común, el país al que arruinaban, los unos retirándole sus capitales y cerrando sus industrias, los otros escatimándole el esfuerzo de sus brazos. Frente a una Alemania que multiplicaba su producción, Francia disminuía la suya y vivía cada vez más a costa de sus recursos. Los acuerdos del Hôtel Matignon entre patronos y obreros se hicieron a base de que unos y otros salvaran sus intereses y ambiciones encontradas a costa de la nación. Éste fue el verdadero sentido de lo que se llamó *la pausa*.

La pausa fue el sepulcro de todas las ilusiones que se había hecho el proletariado, la liquidación a bajo precio pagadero en papel del Estado, de una victoria revolucionaria. Era evidente que la disminución de las horas de jornada, los salivazos furtivos sobre los automóviles de lujo de los capitalistas y la engañosa sensación de detentar el poder *in partibus* no agotaban las ambiciones del proletariado.

El fracaso del Frente Popular y la liquidación de la

experiencia Blum que no fue sino una hábil neutralización del movimiento revolucionario del pueblo francés que se sentía morir y quería salvarse como fuera, aunque fuese echándose en brazos de los comunistas, sumieron a las masas proletarias francesas en un estado lamentable de agonía, del mismo modo que después de la *experiencia Poincaré* las fuerzas reaccionarias, que habían querido inútilmente buscar una salvación a su manera provocando el sobresalto revolucionario de las Ligas, perdieron toda ilusión y se dejaron llevar mansamente por los acontecimientos.

Los comunistas, que eran quienes habían creado el Frente Popular, al verlo fracasado quisieron echarse fuera y eludir su responsabilidad en el fracaso reanudando con estúpida contumacia sus campañas de agitación a base de repetir mecánicamente sus viejos eslóganes que después de la ascensión al poder del Frente Popular no tenían ya sentido alguno.

Pretendieron seguir utilizando la guerra civil española como plataforma política, pero el pueblo francés, que había sentido por la República agredida una solidaridad cordial y entusiasta y hubiera estado dispuesto a exigir la ayuda auténtica y eficaz de Francia a los republicanos, descubrió finalmente el siniestro juego de la política comunista respecto de España. Mientras Léon Blum lloraba y se rasgaba las vestiduras para justificar el abandono en que se dejaba a los republicanos y mientras Maisky en el Comité de Londres jugaba el juego de la *no intervención*, desempeñando el papel que le estaba asignado, las células comunistas seguían imperturbables la falsa campaña de agitación proespañola gritando sin ninguna convicción en todas las plazas de los pueblos de Francia:

«*Des avions pour l'Espagne... Pour les enfants d'Espagne... Des canons, des avions...*» Se llegó a tener la sensación de que los aviones alemanes e italianos no despanzurraban niños españoles más que para que sus cadáveres sirvieran de propaganda al estalinismo.

Para los comunistas, la guerra civil española era pura y simplemente una plataforma política. El pueblo francés, que aún era capaz de movimientos sentimentales y generosos, no tardó en irritarse contra esta explotación sistemática de la guerra civil española y su utilización como banderín de enganche del estalinismo. A las brigadas internacionales fueron muchos franceses a quienes su amor por la libertad y su heroísmo no sirvieron sino para que se hiciese de ellos un instrumento de la política estaliniana interesada, con un estrecho egoísmo nacional ruso, en que la guerra contra el fascismo prosiguiese indefinidamente en el Mediterráneo.

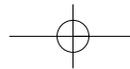
El gran delito comunista ha consistido en convertir las agresiones del fascismo contra los pueblos libres en mero instrumento de propaganda del Partido. Esta convicción apartó a las masas populares francesas de sus deberes de solidaridad con los pueblos agredidos y permitió impunemente a las derechas desarrollar su política profascista. Todo movimiento generoso del liberalismo francés se convertía automáticamente en servidumbre a Moscú. Todo intento de fidelidad a la política exterior seguida desde hacía veinte años por Francia era un atentado contra la patria.

Cuando se planteó el problema de Checoslovaquia la opinión francesa no se conmovió siquiera. Los tímidos intentos de las izquierdas en favor de los checos fueron la irrisión de los prohitlerianos franceses. L'Action

Française se burlaba donosamente de los franceses idiotas que estaban dispuestos a morir *pour les tchèques*. Este lema sarcástico campeaba en Francia inmovilizando los generosos impulsos del liberalismo hasta que el *morir por los checos* se convirtió en *morir por Danzig*, no menos sarcástico, que, demasiado tarde ya, quisieron recoger como un reto las izquierdas. Francia no comprendió que, para seguir viviendo con dignidad como nación independiente, los franceses tenían que morir por España, por Checoslovaquia y por Danzig. Tal vez, ahora comience a comprenderlo.

Entonces se acusaba de belicistas a los hombres que intentaban provocar una reacción decorosa de Francia ante la vasta maniobra envolvente que metódicamente desarrollaba el hitlerismo con la colaboración de Italia y con la complicidad de los mismos reaccionarios franceses. No eran —según ellos— Mussolini y Hitler quienes creaban al instalar a los falangistas en los Pirineos la tercera frontera que Francia tendría que defender, sino que eran los demócratas franceses quienes creaban esa tercera frontera de lucha al negarse a cerrar los ojos a la realidad y atreverse a proclamarlo.

Jamás un pueblo ha querido engañarse a sí mismo con tan firme voluntad. No era sólo que sus dirigentes practicasen la política clásica del avestruz. Era que el pueblo mismo la exigía y la aplaudía. Refieren los íntimos de Daladier que cuando éste volvió de Múnich con la conciencia cargada con el peso de la claudicación cometida no pudo contener el asco que le producía la abyección de los grupos que se formaron en la calle para aplaudirle y con una repugnancia incontenible exclamó: «*Les c...!*».



Superioridad del político

Éste era el clima moral de Francia. La impotencia y la esterilidad de los últimos movimientos, tanto reaccionarios como revolucionarios, la falta de fe no sólo en los hombres, sino en las ideas y en los sistemas, la íntima convicción de la inutilidad de todo esfuerzo colectivo, habían creado un ambiente de claudicación y un sentimiento de derrota en las masas francesas que habían llegado a estar muy por debajo del exponente que eran sus hombres públicos. Ésta era la dura realidad. El gobernante francés y en general el político, no obstante su mediocridad, a pesar de todos sus defectos, de su falta de visión histórica y aun, en ocasiones, de su claudicante moralidad, era, en los últimos tiempos, muy superior a la masa que representaba. Este hecho, que cada vez se verá más claro, ha permitido hasta el último instante mantener en pie la ficción de un país que interiormente se había derrumbado. El edificio se había venido abajo y sólo quedaba la fachada. Las gentes que veían únicamente esta fachada concluían que era lamentable y estaba llena de grietas y resquebrajaduras, pero no sospechaban siquiera que detrás de ella no había nada. En Francia no quedaba en pie más que la estructura exterior del régimen, de ese calumniado régimen democrático que todavía permitía hacer creer a los extraños que Francia seguía siendo un pueblo fuerte, capaz de desafiar los embates de sus formidables enemigos exteriores.

Las dos grandes fuerzas de destrucción del mundo moderno, el comunismo y el fascismo, la nueva barbarie de nuestro tiempo, que ha conseguido arrastrar consigo las eternas antinomias de tradición y revolu-

ción, pobreza y riqueza, nación y universalismo, habían librado en Francia una larga batalla no por incruenta menos funesta. Todo había sido arrasado a derecha e izquierda. Quedaba únicamente lo que era indestructible, la norma, el espíritu, que si bien no impide a las naciones morir, es lo que las permite resucitar.

